

de herejía, y principalmente al Bearnés, el mas poderoso y el mas temible de todos. Los papas Urbano VIII, Gregorio XIV é Inocencio IX que ocuparon muy breves periodos la silla de San Pedro (de 1590 á diciembre de 1591), ya favorecieron mas ó menos su política, en vez de contrariarla como Sixto V: y Clemente VIII que sucedió á Inocencio (enero, 1592) ayudó á Felipe hasta con las armas de la Iglesia, y cuando Alejandro Farnesio entró segunda vez en Francia con los tercios de Flandes, habia ya en aquel reino un pequeño ejército pontificio en favor de la Liga. Excluidos é inhabilitados que fueran los pretendientes protestantes, proponiase Felipe, ó sentar en el trono de Francia su hija Isabel, aboliendo la ley Sálica, ó que se eligiese rey á su gusto y casar con él á su hija, ó por lo menos imponer tales condiciones al que fuera nombrado, que le cediera, segun quien fuese, la Lorena ó la Borgoña, ó en un caso desmembrar uno de estos condados de la corona de Francia y disminuir y enflaquecer aquel reino, ó en último extremo tener tan obligados á los católicos con sus socorros de hombres y de dinero, que cualquiera que fuese el elegido, en la anarquía religiosa, política y civil que consumía la Francia, necesitara tanto de él que por precision le estuviera sometido, y Felipe ejerciera tal influjo en el vecino reino que fuese como el verdadero rey de Francia.

Ahora vamos á ver cómo se frustraron todos los proyectos de Felipe II sobre aquel reino y aquel trono. La muerte del ilustre Alejandro Farnesio (diciembre, 1592) en el estado en que se hallaba la guerra y en ocasion que se reunian los estados generales de Francia convocados por el duque de Mayenne para la eleccion de soberano, fué una pérdida irreparable para Felipe; hizole falta en los campos de batalla, y echósele de menos en el parlamento. Los excesos y horrores de la anarquía que devoraba todo el territorio francés, y el cansancio de la guerra, habian hecho crecer el partido de los políticos, el partido templado que apetecia ya transaccion y paz. El mismo duque de Mayenne, jefe de la Liga, no era hombre de medidas extremas y tenia instintos de orden. Por una parte desagradaba al partido católico exagerado; por otra parte le desagradaba á él la idea del enlace de la hija de Felipe II con el nuevo duque de Guisa, que en este caso recibiría el cetro de mano de Felipe II, y no podia sufrir ser súbdito de su sobrino. Y por otra parte tambien él estimaba en el fondo de su corazón á Enrique IV, de quien solo la posicion le separaba. Entró pues en negociaciones con él: *Haceos desde luego católico*, le decia: *Aun no es tiempo*, le contestaba el Bearnés.

En este estado se abrieron los estados generales en Paris (26 de enero, 1593). A los dos dias de reunidos se presenta á las puertas de la capital un trompeta de Enrique IV solicitando entregar un pliego de la mayor importancia. La asamblea le recibe. Era un mensaje de los nobles y prelados que seguian al rey, pidiendo en su nombre y en el de Enrique que se señalara un lugar seguro para tratar entre todos de volver el reposo al reino y poner remedio á sus males. Aceptado por los estados, se determina tener las conferencias en Surena. El partido español habia ido declinando de dia en dia, á pesar de los esfuerzos que no cesaban de hacer los hábiles embajadores y activos enviados de Felipe II don Bernardino de Mendoza, Juan Bautista Tassis, el duque de Feria y Diego de Ibarra. Admitido el de Feria ante una asamblea de tres diputados por cada uno de los estados para que diera explicaciones sobre las intenciones de la corte de España (mayo, 1593), reclama el derecho al trono de Francia á falta de sucesor directo varon para la hija de Felipe II Isabel Clara Eugenia, como descendiente de Enrique II de Francia. El obispo de Senlis, fogoso católico, declara que la Francia no renunciará nunca á la ley Sálica, ni se someterá á una mujer ni á la dominacion extranjera. Los embajadores españoles piden y se les otorga ser oidos en los estados generales; preguntados á quién piensa Felipe II hacer esposo de su hija, responden que al archiduque Ernesto su primo: levántase un murmullo general, y entonces Mendoza y Tassis anuncian que si Ernesto no era del agrado de la Francia, el rey su amo estaba pronto á elegir un príncipe francés, pero que necesitaba tiempo para deliberar sobre la eleccion.

Pero el recurso era tardío. El arzobispo de Bourges manifiesta en las conferencias de Surena que Enrique de Borbon volvería muy pronto al gremio de la Iglesia católica: el parlamento de Paris da un decreto solemne declarando nulo todo lo que se hiciera contra la ley Sálica (junio, 1592), y Enrique de Borbon hace abjuración pública del calvinismo en la iglesia de Saint-Denis (25 de julio). Desde entonces la opinion pública se pronuncia en favor de Enrique IV: muchas ciudades le abren sus puertas, y provincias enteras se le someten. El parlamento de Paris decreta que conforme á la ley Sálica la corona de Francia ha recaído por línea masculina en Enrique de Borbon, rey de Navarra, á quien Dios ha vuelto á traer al seno de la Iglesia católica, y que habiendo pedido la absolucion al papa Clemente VIII, solo la detenia los manejos de un rey extranjero. El duque de Mayenne se ve precisado á salir de Paris con su mujer y sus hijos, y va á incorporarse al conde de Mansfeld, gobernador de Flandes, que reunia un ejército español en Soissons. Aprovechase de su ausencia el gobernador de Paris, Brissac, para entenderse con Enrique IV y concertar su entrada en la capital; y á pesar de la vigilancia del duque de Feria y de las tropas españolas, napolitanas y walonas al servicio de España, despues de una noche tempestuosa hizo Enrique IV su entrada en Paris á las cuatro de la mañana del 22 de marzo (1594): dirigióse á la catedral á dar gracias á Dios de su triunfo, y presenció despues la salida de las tropas españolas por la puerta de Saint-Denis, saludándolas con profundas cortesías (1).

Dueño de Paris Enrique IV, no lo era todavia de la Francia; menester le fué ir conquistando fortalezas y comprando gobernadores de plazas y de provincias, que las ajustaban y vendian como en un mercado. Los protestantes acusan á Enrique de ingrato, mientras el fanatismo católico arma el brazo del jóven Juan Chatel, alumno de los jesuitas, que da una cuchillada en el rostro al rey que habia sido protestante; el jóven colegial es llevado al suplicio, y los jesuitas extrañados del reino «por corruptores de la juventud, decia el decreto, perturbadores del reposo público, y enemigos del rey y del Estado.» El nuevo monarca, con su talento y su política, con su generosidad en el perdonar, con el cumplimiento exacto de sus promesas, con su genio amable y su modesto porte, va ganando popularidad. Pero aun tiene que luchar contra el poder del rey de España y del duque de Mayenne. Este se ha unido á los españoles, porque Felipe ha prometido la mano de su hija al hijo del duque; y Felipe II ni queria perder tantos millones como le habia costado la Liga, ni era de esperar que renunciara de repente á un cetro que casi habia llegado á tener en sus manos, ni dejaba de temer que viéndose rey de Francia el hijo de Juana de Albret renovara sus antiguas pretensiones al reino de Navarra. Era, pues, inevitable una guerra entre Enrique IV y Felipe II, y Enrique declara la guerra á España (17 de enero, 1595), á que responde con otra declaración el archiduque Ernesto, que muere á poco tiempo, reemplazándole el conde de Fuentes.

Ganan los españoles la batalla de Doullens en Picardía (2), y toman á Cambray, pero son vencidos en Fontaine-Française (5 de junio, 1595), en que Enrique IV peleó con la cabeza desnuda y con todo su ardor bélico, y se vió en tales peligros que escribió á su hermana diciendo: *Poco ha faltado para que hayais sido mi heredera*. Mientras así ardía la guerra en Francia, favoreciendo la fortuna alternativamente á franceses y españoles, Enrique IV obtiene la absolucion del papa Clemente VIII, quedando así lavado de la mancha que alejaba de su persona los mas fogosos católicos, y ya Felipe II no podia decir que hacia la guerra por la causa de la religion y del catolicismo. Algunos ilustres miembros de la antigua Liga trabajan por reconciliar con el rey al duque de Mayenne que combatía en las filas de los españoles; el antiguo jefe de la Liga se deja ganar por una buena suma de dinero y algunas plazas, y se presenta humildemente á Enrique IV tratándole

(1) L'Estoile, Journal de Henri IV.—Dávila, Guerras civiles de Francia.—Péréfixe, Histoire du roi Henri IV.

(2) La que nuestros historiadores llaman Dorlan.—Coloma, Guerras, lib. VIII.

de Majestad y pidiéndole perdon (31 de enero, 1596). El rey hace pasear con él muy de prisa al obeso y torpe duque por un jardin, y cuando este no podia mas, *Hé aquí*, le dice el monarca riendo y poniéndole la mano en el hombro, *toda la venganza que he querido tomar de vos*.

Negocia Enrique IV una alianza defensiva con la Holanda, que le suministra tropas, naves y dinero, y renueva sus antiguas relaciones de amistad con la reina de Inglaterra, no obstante el resentimiento de Isabel con Enrique por haber mudado de religion. A pesar de todo, los españoles conducidos por el archiduque Alberto, nombrado gobernador de Flandes, se apoderan de la fuerte plaza y puerto de Calais (abril, 1596), de Ardres, de Guines y otros sitios fuertes. Vuelve el archiduque á los Países Bajos, y cerca y toma á Hulst, pero á su vez el rey de Francia despues de un largo sitio arranca á La Fere del dominio de los españoles; y el mariscal de Biron, uno de los mas activos generales de Enrique IV, invadía y talaba la provincia de Artois, y hacia prisionero al marqués de Barambon enviado contra él por el archiduque. Así corrió el año 1596 con varia fortuna en la guerra: y si el archiduque Alberto tenia que atender tan pronto á Flandes como á Francia, peleando allí con el príncipe Mauricio de Nassau, aquí con Enrique IV, tampoco el príncipe flamenco, ni el monarca francés, ni los generales de uno y otro disfrutaban mas sosiego, ni vivian en menos movimiento, sobresalto y agitacion.

Al apuntar la primavera del año siguiente el coronel español Hernan Tello Portocarrero, gobernador de Doullens, conquistó á los franceses la importante plaza de Amiens (10 de marzo, 1597) por medio de una estratagema singular (1). Mucho contentó á Felipe II y al archiduque Alberto la noticia de la toma de Amiens, y no dejaron sin recompensa al ingenioso é intrépido Hernan Tello; mas por lo mismo fué tambien mayor el interés y el empeño de Enrique IV y del mariscal de Biron en recobrarla, como lo verificaron en el mismo año (septiembre, 1597), con muerte de Hernan Tello, no obstante haber ido en persona á socorrerla el archiduque.

Pero sentíase ya, así en Francia como en España, la necesidad de reposar de tan largas y costosas luchas. Conveniale á Enrique IV la paz para afianzarse en el trono, pagar las inmensas y exorbitantes deudas que habia contraído, y poner algun orden y concierto en un reino que llevaba tantos años de anarquía. No le convenia menos á Felipe II, que anciano y achacosos, desengañado de que insistir mas en la empresa de Francia seria acabar de consumir la sustancia y de agotar la sangre de su reino, era natural que deseara poner un término honroso á tan prolongado y ruinoso litigio. Uno y otro tenian su tesoro, no solo exhausto, sino enormemente empeñado. Enrique IV debia, por gastos hechos en la guerra, en comprar ciudades y gobernadores y jefes de la Liga, noventa y nueve millones doscientas treinta y tres mil doscientas noventa y dos libras (2). Y Felipe II que tantos años hacia esta

(1) El artificio fué el siguiente. Disfrazó una parte de sus soldados tiznándoles los rostros y poniéndoles vestidos andrajosos de los aldeanos del país, debajo de los cuales llevaban ocultas sus armas. Estos habian de llevar sobre la cabeza sacos llenos de nueces, manzanas, legumbres y otros frutos, como acostumbraban todos los dias los villanos de la tierra. Detrás habia de ir un carro de mieses, debajo de las cuales llevaria el fingido carretero gruesas vigas que á su tiempo impedirian bajar el rastrillo del puente. Hizose todo así. Al entrar por la puerta, uno de los supuestos aldeanos fingió tropezar, y cayendo se derramaron las nueces y manzanas que llevaba en el saco; y cuando vieron á los soldados del cuerpo de guardia festivamente entretenidos en recogerlas, sacaron sus pistolas y cuchillos y los maltrataron y destrozaron lastimosamente. Al primer tiro, que era la señal convenida, acudieron los que se hallaban á cierta distancia emboscados, penetraron en la ciudad, derramaron el terror y la consternacion, y la sometieron con muerte de algunos centenares de los sobrecogidos habitantes.—Coloma, Guerras de Flandes, lib. X.—Este autor, que sirvió como capitán en esta guerra, es el que nos da mas pormenores y mas auténticas y exactas noticias de ella.

(2) Mr. Capéfigue, en su Historia de la Liga y de Enrique IV, ha recogido los estados originales escritos de mano del rey, en que constan las cantidades en que se habia empeñado.

He pagado, dice Enrique IV, á la reina de Inglaterra, ya por dinero prestado á mí, ya por el que suministro al ejército alemán. . . . Libras. . . . 7.370,800

ba viviendo de empréstitos á intereses exorbitantes y con intereses de intereses, que tenia las tropas sin pagas, amotinándose cada dia y viviendo del merodeo, queriendo sacudir el peso con que le oprimian empréstitos tan gravosos, habia dado un decreto anulando de un golpe todos los contratos pendientes con los prestamistas, alegando para paliar esta injusticia las excesivas ganancias de los que hasta entonces se habian aprovechado de su necesidad; pero el arbitrio, sobre injusto, produjo el funesto efecto de que cerraran sus bolsas todos los hombres de negocios, no habiendo ya quien prestara un ducado. Ambos monarcas, pues, tenian sobrados motivos para apeteer la paz, mas ni uno ni otro queria dar el primer paso, ni dar á entender que la deseaba.

De esta dificultad los sacó por fortuna el pontifice Clemente haciéndose mediador entre los dos soberanos, é interviniendo á nombre suyo el cardenal legado Alejandro de Médicis, juntamente con el general de los franciscanos el padre Buena-ventura, y el nuncio de Francia. Las proposiciones de estos venerables mediadores hallaron buena acogida en uno y otro monarca, y para celebrar las conferencias se señaló la ciudad de Vervins, donde concurrieron los representantes de ambas partes (8 febrero, 1598), siéndolo del rey de Francia Bellièvre y Sillery, y del archiduque (que obraba á nombre del monarca español) Juan Richardot, Juan Bautista Tassis y Luis Verriere. Tambien el duque de Saboya tuvo alli su representante. Ocurrieron, como de ordinario en tales negocios acontece, muchas y graves dificultades, que al fin se fueron venciendo, merced al saludable influjo que en esta ocasion ejerció con el mas ardiente y desinteresado celo el papa Clemente VIII por medio del legado cardenal, y tal como correspondia á la cabeza y jefe de la Iglesia. En su virtud se firmó la célebre paz de Vervins entre Francia y España (2 de mayo, 1598), cuyos principales capitulos fueron: la ratificación de la paz de Chateau-Cambresis de 1559: olvido de todo lo pasado, alianza, amistad y buena correspondencia para lo futuro: libertad á los prisioneros de guerra de ambas partes: mutua restitucion de plazas; pero en esto salió aventajado el francés, puesto que á cambio de Cambray que quedaba de España, le devolvía el español á Calais, Ardres, Doullens, Chatelet, la Chapelle y Blavet. Reservóse Felipe proseguir por via amigable y tela de juicio los derechos que su hija la infanta doña Isabel pudiera tener á algunas provincias de Francia, «como si los reinos y señoríos tan grandes, dice un historiador español de aquel tiempo, estuviesen sujetos á las leyes del derecho, y no á las que dan las armas y el valor (3).»

Tal fué la famosa paz de Vervins, y tal el fruto que Felipe II sacó de sus añejas pretensiones al trono y reino de Francia. Despues de haber consumido en él rios de oro y millares de hombres, quedó en Vervins menos aventajado que en Chateau-Cambresis, y la situacion de España con Francia en 1559 hubiera sido de desear en 1598. En treinta y nueve años de sacrificios perdimos en vez de ganar.

Debido á los cantones suizos . . . . .	25.823,477
A los príncipes de Alemania . . . . .	14.689,934
A las Provincias Unidas . . . . .	9.275,400
A Mr. de Lorena y otros particulares, segun tratado y promesas secretas . . . . .	3.766,825
A Mr. de Mayenne y otros, comprendidas las deudas de los dos regimientos suizos . . . . .	3.580,000
A Mr. de Guise . . . . .	3.888,830
A Mr. de Nemours . . . . .	378,000
A Mr. de Mercœur, por Blavet, Vendome y Bretaña . . . . .	4.295,350
A Mr. Elbeuf, por Poitiers . . . . .	970,824
A Mr. de Villars, por la Normandía . . . . .	3.477,000
Por la reduccion de Marsella . . . . .	406,800
Y así otras partidas, hasta la referida cantidad de . . . . .	99.233,292

(3) Cárlos Coloma, Guerras de Flandes, lib. XI.